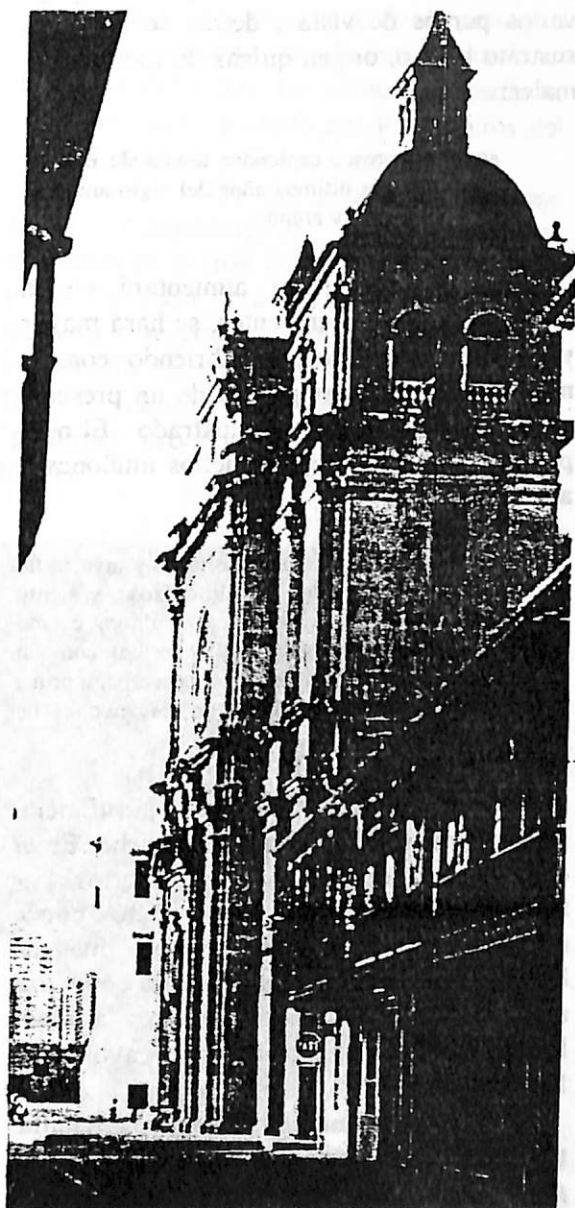


COLOMBIA: CULTURA Y VIOLENCIA A TRAVÉS DE LA OBRA DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Juan Gustavo Cobo Borda
Colombia



¿Quién no ha escrito sobre García Márquez? luego de editar 430 páginas de textos críticos sobre su obra¹ y de participar muy cerca en un congreso internacional sobre su trayectoria, para el cual reuní una amplia exposición bibliográfica, donde había por lo menos setenta libros sobre sus libros² comprendí que una impresión directa y sin intermediarios acerca de su trabajo, era imposible. Aún así traté de volver a la inocencia. De buscar el secreto hilo que une a Colombia con su narrador arquetípico. Comencé entonces a leer *La Hojarasca*³ con los ojos del niño que nos cuenta esa historia. Ojos de once años abriéndose al mundo. Y fui viendo, en primer lugar, un ejercicio de

¹ Cobo Borda, Juan Gustavo: *Gabriel García Márquez. Testimonios sobre su vida. Ensayos sobre su obra*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 1992. 424.

² La bibliografía parcial anexa da una buena idea de la repercusión internacional del trabajo de García Márquez, tanto a nivel de traducciones como de enfoques críticos. El Congreso se realizó en Zaragoza, España, coordinado por Tua Blesa y Rosa Pellicer.

³ Cito siempre por la primera edición de *La Hojarasca*, 1.955. Ver bibliografía.

nostalgia heroica que conserva y exalta nuestras guerras civiles como telón de fondo de nuestra nacionalidad. Las batallas y las derrotas militares como primer pilar de nuestra historia independiente.

¿A que se refiere *La Hojarasca*? En primer lugar a los "rastros de una guerra civil que cada vez parecía más remota e inverosímil". La crueldad de la misma se ha vuelto leyenda. Los supervivientes la adelgazan en anécdota. La violencia se convierte en cuento, a través de la aparente inutilidad de tantos episodios de sangre y muerte. Sólo queda el impreciso esplendor de seres remotos, como el coronel Aureliano Buendía.

Pero la situación desde la cual se narra esa metamorfosis es singularmente violenta y opresiva, de otra forma, quizás, pero oscuramente unida con esas carnicerías previas. Se trata de un pueblo por fin "satisfecho de ver llegada la hora apetecida, deseando que la situación se prolongue hasta cuando el torcido olor de muerto satisfaga hasta los más recónditos resentimientos".

Es el resentimiento quien dicta la crónica del suceso. Como un pueblo intenta satisfacer una venganza y como un rebelde se opone a ello. Se trata de un traumático pasado colectivo que busca exorcizar su mal dejando sin enterrar un cadáver que es como su espejo y su cáncer. Del mal olor moral de esos restos proviene la presión que se hace visible, táctil, sobre los tres personajes principales -niño de once años, madre de treinta, abuelo- como un rencor casi físico, pero de allí proviene también la soberbia desafiante y señorial del coronel ante ese tropel de advenedizos que constituyen *La Hojarasca*, una confusa oleada humana en pos de una riqueza fácil.

De allí provendrá, igualmente, la ordinariez vencida de ese médico francés que

sólo como hierba y que se ahorca, "derrotado por las circunstancias" (p.72), la venalidad del alcalde a quien se puede sobornar para conseguir una licencia y la afrenta, en otro plano, de la sirvienta indígena, cuando empingorotada y maquillada, cuestiona a la gente bien en la misa del pueblo. Tensión y cruce de infinidad de conflictos en la riqueza poliédrica de una narración que conjuga varios puntos de vista, detrás se halla un sustrato básico, origen quizás de todos estos males:

aquel pintoresco esplendor feudal de nuestra familia en los últimos años del siglo anterior, ante de la guerra grande.

La grandeza remota aumentará en la memoria de los descendientes, se hará mayor y en cierto modo irreal cubriendo con su manto de fantasía las grietas de un presente cada vez más anodino y deslustrado. El niño purificará con su visión aquellos muñones y aquellas ruinas:

Veo nuestra casa descolorida y arruinada, pero fresca bajo los almendros; y siento desde aquí como si nunca hubiera estado dentro de esa frescura verde y cordial, como si la nuestra fuera la perfecta casa imaginaria, prometida por mi madre en mis noches de pesadilla (p.25).

Hay que reedificar la casa de la infancia. Apuntalar el sueño que quizás no fue. En el cuarto sucio donde vivos y muertos cohabitaban por un rato y un niño puede orientarse por el olfato en las diversas habitaciones del recuerdo, la poesía comienza a erguir muros, a dibujar almendros, a poner luz y sopor a una atmósfera envolvente: Macondo.

Los cuentos claustrofóbicos, de pesadilla, por cierto, literarios y kafkianos, de *Ojos de perro azul*, van quedando atrás, en el

esfuerzo narrativo de *La Hojarasca*, al comenzar, con palabras, la reedificación de un mundo caído en el polvo. Al intentar, desde el recuerdo fabulado, rehacer la nada.

Pero lo que, por una parte, es imaginación como potencia creadora también es crítica como análisis de una situación estática y marginal sin remedio. De ahí ese tiempo que vacila en proseguir su carrera, dubitativo, expectante y sudoroso, cargado de presagios no resueltos, grávido con la inminencia de un acontecimiento que no vemos: el cadáver, como un navío, portado por los guajiros del coronel, quienes lo llevan a enterrar.

La boca ávida del pueblo recibirá ese óbolo compensatorio. Los indígenas, sirvientes en la casa del señor, cumplirán por él la promesa que hizo, y el escenario quedará saturado con el sobrevuelo indetenible de esas moscas de la venganza. De ese chismorrero rencoroso, lleno de "palabras pronunciadas de mal corazón" (p.64).



Los chismes, en *La Hojarasca*, como los pasquines en *La Mala hora*, como las papeluchas en *El General en su laberinto* dispersan la presión de la caldera social pero a la vez difunden la malevolencia y sacan a la luz la ignominia de tantos conflictos, sociales, políticos o sexuales. Todos, en definitiva, aportamos un fragmento de la gran culpa colectiva. Como en la *Crónica de una muerte anunciada* todos fuimos advertidos pero ninguno impidió el crimen.

En este primer caso, "la crueldad burlona e indolente de esos chismes" (p.83) levantará el tejado de la casa social y mostrará la doble, triple, cuádruple dimensión de esas conciencias, corrompidas por el desgaste cotidiano dentro de una pequeña comunidad.

Las apariencias sí son la realidad

Un primer develamiento descubre cómo las gentes no son como parecen ni tampoco obran de acuerdo con lo que dicen. No existe una lógica interna al respecto:

Tres meses después ella se fugó con el director de una compañía de titiriteros, pero todavía ese domingo parecía muy escrupulosa y seria" (p.79).

Lo que se dice de una de la amigas de Meme es el inicio de una larguísima serie de desmitificaciones que jalonan toda la obra de García Márquez.

El intento de liberación de esa férrea forma de control social establecida por el prejuicio y las convenciones. Las jóvenes deben llegar vírgenes al matrimonio. Los viejos no pueden amar. Todo el conflicto de *La Hojarasca* se basa, con sus propias palabras, en "un permanente desafío a la moral y las buenas costumbres" (p.85-86) realizado por esa familia al dar alojamiento

al forastero herbívoro, y mantenerlo allí por ocho años, en la primera década de este siglo:

Seguía siendo el mismo hombre tranquilo de siempre, después de haber patrocinado el concubinato público, el escándalo, la prostitución (p.89).

Así ve al coronel su propia mujer, intransigente en la firmeza de sus convicciones inamovibles. Hay un formalismo tradicional, de raíz católico-española, que pauta esa cultura; que la moldea y la marca, y determina casi todas sus reacciones. La moral indígena es quizás distinta en su origen. El problema lo vio muy bien José Lezama Lima, cuando en uno de sus papeles póstumos habló de "La egiptización americana" así:

Lo indio contemplativo, lo negro trasplantando y el europeo emigrante, formam una síntesis que hasta ahora por su ingenuidad y su impotencia histórica, no ha podido ofrecer sino un producto frío, voluptuoso y desterrado (...) pero el hombre americano se quiere lanzar prematuramente a su misterio, a romper la visión renacentista de la lejanía, y se va congelando en la egiptización consecuente a un sólo sentido de la muerte o a la síntesis alejandrina que opera solo con dualidad⁴.

El Coronel, por su parte, " más que arrepentido estaba satisfecho de su obra, como si hubiera salvado su alma oponiendo a las convecciones y la honra de esta casa su proverbial tolerancia, su comprensión, su liberalidad".

Sólo que este liberalismo tolerante será también un liberalismo aristocratizante y clasisista. Y será, no hay duda, un liberalismo machista, en un solo sentido.

⁴ Lezama Lima, José: "La egiptización americana", manuscrito 1943-1944, incluido en la revista Biblioteca de México, México, No. 11 y 12 septiembre-diciembre 1992, p.V.

Decidirá el destino de su hija casándola con premura y en el momento escogido por él, con un borroso desconocido con el simpatiza y que huirá, estafándolo y sobre todo dañando el porvenir de su hija y nieto. Con razón ella, rumbo al altar, se siente "como un mancebo sagrado hacia la piedra de los sacrificios" (p.95).

Como una profecía que se cumple, ese extranjero, ese hombre desconcertado de Dios, pondrá en duda "los principios" de quienes viven en la casa, acostándose con Meme, la sirvienta, haciéndola abortar una vez, llevándosela a vivir en público concubinato y lo que es peor derribando, desde la caída dignidad de su fracaso terrestre, la decencia del coronel, obligándolo a la larga y dura expiación que culmina en el hoy del entierro.

Dede la abyección pondrá en duda las alturas, revistiendo su fracaso como, por cierto, en las novelas de Alvaro Mutis, con la laica trascendencia de una desesperanza integral. El animal que bufa acorralado en su cubil sin ningún asomo de luz, y que parece el reverso diabólico del cura llamado El Cachorro se llevará a Meme, la mujer que según sus palabras nunca sabremos bien qué hace de noche, como una cruz y una carga cuyo peso terminaron por caer sobre los hombros del coronel. Él parece quedar libre, exento de toda culpa, luego de la sordidez melancólica del episodio.

Por ello Angel Rama, en un ensayo de 1964, donde ya señalaba desde el título "Un novelista de la violencia colombiana" uno de los nudos conflictivos de la tarea narrativa de García Marquez, habló de como desde *La Hojarasca* sus intentos de comprensión de una realidad recurrieron alternativamente a la explicación sociológica o en la explicación metafísica. Al conflicto social o a la soledad existencial.

Ese pueblo "arruinado, aniquilado por el polvo" (p.120) se debatirá entre la pesadumbre y la superstición, supersticioso ritual de los velorios donde la niñas bien del pueblo son doncellas hechizadas por un espíritu al que deben exorcizar, al regar puñados de arroz en la sala y entregarse a una luna de miel "solitaria y muerta" de profunda esterilidad. Ese pueblo se debatirá entre la impaciencia que dejó *La Hojarasca*, con su afán de lucro y de riqueza dilapidada, exprimiendo el presente, y el turbio domingo electoral que se avecina y que ya se halla trazado hasta en sus menores detalles.

El momento decisivo será por cierto esa jornada electoral. Esa apoteosis carnavalesca de la violencia. Como en los poemas de Luis Carlos López, que también leyó García Márquez, el borracho perdido terminará la jornada gritando vivas al partido liberal. Pero en este caso la descripción es terrible:

Porque la noche en que pusieron las cuatro damajuanas de aguardientes en la plaza, y Macondo fue un pueblo atropellado por un grupo de bárbaros armados; un pueblo empavorecido que enterraba a sus muertos en la fosa común (p.129).

Esa noche el médico sellará su destino, al negarse a atender los heridos. Desencantado de todo, su fatalismo ha vencido a su libre albedrío o quizás la clarividente lucidez de quien ya considera cualquier paliativo como un alivio tramposo, le impide la acción.

Macondo, ese pueblo innecesario, ese pueblo arruinado por la United Fruit, como sabremos, no por la propia novela sino por historia, que permanece en el rincón "donde están los pueblos que han dejado de prestar algún servicio a la creación" (p.133) se hace cada vez más humano en su desgradación, como si el hado demoníaco que lo sobrevuela

terminara por hacerse tercamente terrestre en su afán de subsistir.

El médico sí accede a salvarle la vida al coronel, sólo para contar con alguien que le eche un poco de tierra a sus despojos. El coronel lo considera apenas natural, dado su carácter, pero el médico le responde con una ironía tan absurda como convincente: "pero no olvide que un muerto no había podido enterrarme".

Médicos y coroneles, "trapisondistas electorales" y perjuicios morales, rebeldía y apatía, y la muy concreta, perceptible, palpable tensión de la soledad en las mujeres encerradas en sus cuartos, en los hombres enclaustrados en sus cuartos, en las familias tapiadas en su casas, en los curas solos en su desamparo ante Dios, y en todo ese yermo seco que aguarda la llegada providencial de un extranjero que lo redima, Macondo queda allí aguardando una historia que ya pasó. Esa cabalgata que sacudió su interior y lo arruinó.



A veces pienso si en la pedagogía americana no hemos escuchado más al cura desde las alturas del púlpito y el secreto de confesionario que al maestro solo, sin más arma que la desnudez del tablero, cuando lo hay, y la pobreza de su sueldo, cuando llega.

Fecha en Barranquilla en 1950 la primera novela de García Márquez tiene una abierta e imprecisa capacidad de sugerencia y como lo señaló Luis Harss, demasiados hilos sueltos y predeterminaciones esquemáticas. Pero allí, no hay duda, está el núcleo primigenio de una visión.



Visión precisa, real de un conglomerado social en un estado concreto de su desarrollo histórico, buscando las claves de su decadencia. Y detectando en la trilogía de culpa, expiación y redención algo de esa dialéctica interna que la contiene. Y que hace de la polaridad pueblo- personajes una constante de su trabajo ulterior: el pueblo como coro que en segundo plano glosa, incide, comenta o rechaza la presencia neta y absorbente de esos personajes centrales que

capturan la escena y permanecen en el recuerdo. Así sucederá siete años después cuando termine en París *El coronel no tiene quien le escriba*.

Aún cuando el foco de exposición es el mismo: el entierro de un hombre, al cual también asiste un coronel, este muerto es un muerto insólito: El primer muerto de muerte natural.

Si en el primer caso las precisiones cronológicas eran explícitas e iban de 1903 a un 12 de septiembre de 1928, ahora estas sí aluden a la crisis del canal de Suez y las míticas guerras civiles sólo subsisten en el recuerdo empecinado del coronel a la espera de su carta-pensión y los nombres - magdalena que sumergidos en el caldo del sopor le traen consigo todo un mundo: el campamento del coronel **Aureliano Buendía**, donde llega el Duque de **Malborough**.

Pero esa dimensión fabulosa vuelve a convivir con la rotundidad física de los cuerpos- el niño en la Hojarasca que quiere ir al baño; el coronel, en el *El coronel* que siente la tormenta intestinal de sus vísceras, como la sentirá el dictador en *El otoño del patriarca* y Bolívar en *El general en su laberinto*. Las tripas retorcidas de dolor son el testimonio fehaciente de una tensión, de una postura límite que somatiza un entorno conflictivo. Pero quizás sea en la conjunción riñas de gallos y crimen político, en la gallera matan el hijo del coronel, donde la fusión de cultura y violencia se da con mayor amplitud escenográfica. Ese espectáculo donde los hombres, para no matarse, apuestan a los gallos, ve roto su equilibrio lúdico por la erupción brutal de otra violencia: la violencia política que persigue, reprime y anula al disidente, y que envía, desde el centro, a los encargados de mantener el orden en periferia, en esa polaridad entre lo caribe y lo andino que contribuirá a dar a su obra carácter

singular. Lo importante es la forma como nos revela ese conflicto, no desde la teoría sino a través de la fuerza reveladora de un diálogo seco y perturbador, por todo cuanto allí se encierra de violencia, sí pero de cultura también.

Sólo que hay otra rebeldía aún más violenta y radical, la rebeldía más soterrada pero no por ello menos subversiva de su mujer. Hierve piedras para eludir así su pobreza y pagar su cuota al "qué dirán", pero en un momento dado estalla y nos ofrece la verdad.

Estoy dispuesta a acabar con los remilgos y las contemplaciones, dijo. Su voz empezó a oscurecerse de cólera. "Estoy hasta la coronilla de resignación y dignidad" (p.61).

Veinte años esperando los pajaritos de colores que te prometieron después de cada elección y de todo eso nos queda un hijo muerto, prosiguió ella. Nada más que un hijo muerto.

Tal el saldo de su existencia que luego, en *La mala hora*, se ampliará, de nuevo, en pos de una dimensión colectiva, en donde la violencia distorsiona cada vida, volviéndose institucional. Una opresión perenne. Un estado de sitio permanente. Un terror interiorizado hasta los huesos:

Usted no sabe lo que es levantarse todas las mañanas con la seguridad de que lo matarán, y que pasen diez años sin que lo maten.

La muerte aplazada que refracta, a partir del bogotazo, el 9 de abril de 1948, la gran violencia que azotó a Colombia con los enfrentamientos partidistas entre conservadores y liberales, migraciones del campo a la ciudad, cambios en la propiedad rural, núcleos de resistencia campesina y sectarismo criminal de parte y parte.

Ese pequeño César tropical que es el teniente-alcalde que rige los destinos del pueblo encerrado en un cuarto blindado y

consultando a una adivina, encarnará mejor que ningún otro la cruel tragedia de una violencia que se enfía, que se hace mecánica e impersonal. Que se confunde, ya, con la índole del propio pueblo, donde todos son culpables porque todos, en alguna forma, se hallan contaminados por los letales efluvios del poder y la corrupción que en torno suyo se comienza a respirar:

El Teniente se está hundiendo en el pueblo. Y cada día se hunde más, porque ha descubierto un placer del cual no se regresa: poco a poco, sin hacer ruido, se está volviendo rico.

Si existe una relación interna pero no directa entre la estructura político-social de un determinado país y el comportamiento tanto de sus agentes como de los seres de ficción que de allí brotan la descomposición moral tan evidente en el anonimato del pasquín, que impregna el conjunto, parece apuntar ahora, con mayor énfasis, a la explicación social y no a la metafísica. Y a esa polaridad, tan propia de la obra de Gabo, entre una estructura que ahoga y deforma y una vitalidad irrefrenable que les permite resistir. Un espíritu joven, vital, jocundo, insertado en el esquema de una realidad envejecida, distorsionada, anormal. Ese país desordenado y en perpetua ebullición que sólo la claridad especular de la obra literaria parece darnos vías de acceso hacia su comprensión. Así le resume Mina al Padre Angel la situación:

Parece que estuvieron locos buscando hojas clandestinas. Dicen que levantaron el establero de la peluquería, por casualidad, y encontraron armas. La cárcel está llena, pero dicen que los hombres se están echando al monte y que hay guerrillas por todas partes.

Hace 30 años, en 1962, cuando se publicó *La mala hora* quizás todavía era concebible

Juan Gustavo Cobo Borda

la esperanza en torno a un cambio violento, desde el monte. Una forma de curar, con violencia directa, la violencia que se respiraba por todos lados. Sólo que esta espiral sin fin se cerró sobre sí misma en su desvarío mortal

Una carta de **García Márquez**, **Fernando Botero** y otros intelectuales colombianos, corregida por el primero de ellos y dirigida a la **Coordinadora Guerrillera**, fechada en noviembre del año pasado muestra los tortuosos caminos de la historia y la profunda ironía de su desenvolvimiento, obteniendo lo que no se quiso y rechazando lo que con tanto ahínco se buscó.

Nuestra condición de demócratas convencidos, contrarios a la violencia y a las opciones autoritarias, nos da el derecho moral de poner en tela de juicio la legitimidad y la eficacia de la acción que ustedes sostienen desde hace años. Estamos en contra de esa forma de lucha en el momento actual. Creemos que ella, en lugar de propiciar la justicia social, como parecía posible en sus orígenes, ha generado toda clase de extremismos, como el recrudecimiento de la reacción, el vandalismo paramilitar, la inclemencia de la delincuencia común y los excesos de sectores de la fuerza pública, que condenamos con igual energía. No creemos que ustedes expresen una voluntad popular libre. Por el contrario, su acción ha fomentado un clima de confusión política e ideológica, que ha terminado por convertir a Colombia, en un campo de batalla donde la libertad de expresión más usual es la de las armas. Una situación semejante no puede conducir al sueño común de la sociedad democrática y feliz. Su guerra, comprensible en sus orígenes, va ahora en sentido contrario de la historia. El secuestro, la coacción, las contribuciones forzosas, que son hoy su

instrumento más fructífero, son a la vez violaciones abominables de los derechos humanos. El terrorismo, que estuvo siempre condenado por ustedes mismos como una formación ilegítima de la lucha revolucionaria, es hoy un recurso cotidiano.



La corrupción, que ustedes rechazan ha contaminado sus propias filas a través de sus negocios con el narcotráfico, haciendo caso omiso de su carácter reaccionario y de su contribución al deterioro social. Las incontables muertes inútiles de ambos lados, los atentados sistemáticos a la riqueza nacional, los desastres ecológicos, son tributos muy costosos e innecesarios para un país que ya ha pagado demasiado. Es la hora de una reflexión patriótica profunda, de una rectificación radical de años de equivocaciones y de la búsqueda seria de nuevas y novedosas formas de creación política, acordes con la realidades del mundo actual. Su guerra, señores, perdió hace tiempo su vigencia histórica, y reconocerlo de buen corazón será también una victoria política.